No busques una salida en mis ojos

Para quedarse, a veces hay que dejar de huir de la conversación



Laura Bellini

No busques una salida en mis ojos

Para quedarse, a veces hay que dejar de huir de la conversación

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384903674

ALL-IN Rafał Płonkowski



ÍNDICE

INTRO 4
Capítulo 1 - Los límites del encuadre 13
Capítulo 2 - Un lugar para otra persona 24
Capítulo 3 - La luz que no se puede detener 36
Capítulo 4 - Conversaciones a puerta cerrada 47
Capítulo 5 - El derecho a decir que no 58
Capítulo 6 - La distancia de un solo paso 68
Capítulo 7 - Lo que no dijimos 77
Capítulo 8 - Entre la cercanía y la confianza 87
Capítulo 9 - El precio de un encuadre compartido 96
Capítulo 10 - Sin posibilidad de escapar 106
Capítulo 11 - Las reglas que no escribimos 116
Capítulo 12 - Un billete de ida 125
Capítulo 13 - Los límites del compromiso 134
Capítulo 14 - La verdad entre las palabras 144
Capítulo 15 - Todos los caminos por los que te marchabas 154
Capítulo 16 - La distancia que necesito 164
Capítulo 17 - Lo que no tengo que salvar 174
Capítulo 18 - Quédate cuando las cosas se pongan difíciles 184
Capítulo 19 - La luz que permanece 194
Capítulo 20 - Un lugar para dos 206

INTRO

La primera mañana en Brno me desperté cinco minutos antes de que sonara el despertador y durante unos segundos me quedé mirando el techo de la habitación del hotel, intentando recordar dónde estaba. Luego vi en la silla el rollo de planos impresos, la carpeta con muestras de materiales y mi abrigo dejado de una manera que jamás habría aceptado en mi propio apartamento. Todo volvió a encajar. Brno. Hotel Zora. Tres semanas de preparativos condensadas en veinticuatro horas de sesión fotográfica. Una sola oportunidad para convencer a los propietarios del edificio de que aquel interior modernista no necesitaba ser rescatado de su pasado, sino que había que permitirle volver a respirar.

Tenía un plan.

Un plan siempre era un buen comienzo.

A las siete y cuarenta ya estaba en la segunda planta, entre cristales esmerilados y una pared azul mate que recorría el pasillo. El hotel permanecía cerrado a los huéspedes durante la reforma, así que el silencio tenía allí un peso propio. Oía el crujido de mis zapatos sobre el terrazo y, a lo lejos, los golpes de un martillo en algún punto del ala técnica. La luz natural entraba por las estrechas ventanas del fondo exactamente como había previsto. Suave, fría, suficiente para resaltar la geometría del lugar sin convertirlo en un museo.

Desplacé un pequeño sillón quizá cinco centímetros.

—Ahora —me dije.

—Ahora no.

La voz llegó desde detrás de mí.

Me volví despacio.

El hombre que estaba a varios metros llevaba una cámara colgada del hombro y una bolsa negra apoyada junto a la pierna. Alto, con una chaqueta oscura y el pelo un poco demasiado largo para alguien que, evidentemente, no sentía ninguna necesidad de disculparse por su propia presencia. Tendría unos cuarenta años. Miró primero el sillón, después la luz y solo al final a mí.

Eso último duró una fracción de segundo más de lo necesario.

—¿Perdón? —pregunté.

—Si lo dejas ahí, cortarás la línea que conduce desde la barandilla hasta la ventana.

—Si lo dejo ahí, por fin alguien verá que esto es un hotel y no un espacio vacío destinado a un catálogo de arquitectura.

La comisura de sus labios se movió apenas.

—¿Petra Witek?

No me gustaban las situaciones en las que un desconocido sabía mi apellido antes de que yo hubiera tenido tiempo de averiguar quién era él.

—Depende de quién pregunte.

Se acercó, aunque se detuvo a una distancia razonable. Me tendió la mano.

—Albert Pawlik.

No se la estreché de inmediato.

Conocía ese apellido. Demasiado bien.

Albert Pawlik había fotografiado varios hoteles de los que después se decía que en sus imágenes parecían mejores

que en la realidad. Para una arquitecta de interiores, aquel era un elogio de una clase peligrosa. También conocía su serie sobre pensiones abandonadas junto al Adriático y su colección de fotografías de estaciones, en las que las personas no eran más que rastros borrosos. Sabía convertir un lugar en una historia. El problema era que, por lo general, era su historia.

Le tendí la mano.

—Se suponía que llegarías a las diez.

—Se suponía que llegaría a las nueve.

—El horario que recibí dice las diez.

—El mío dice las nueve.

Soltó mi mano, pero durante un breve instante conservé en los dedos el calor de su piel. Aquello me irritó más que el error en el horario.

Saqué el teléfono.

—Lo comprobaré.

—También puedes aceptar que los dos tenemos razón.

Lo miré por encima de la pantalla.

—Eso suena a la solución de alguien que no quiere averiguar dónde está el error.

—O de alguien que no quiere perder la luz investigándolo.

Señaló con la barbilla la ventana al final del pasillo. El sol ya se había desplazado lo suficiente para que la sombra del marco comenzara a atravesar la pared azul.

Tenía razón.

No se lo dije.

—Antes de que empieces, tengo que preparar tres encuadres —anuncié—. Muebles, lámparas y señalización de las puertas. Quiero mostrar la función del espacio.

—Yo quiero mostrar su ritmo.

—El ritmo no paga las facturas del hotel.

—La función tampoco consigue que alguien quiera entrar.

Aquello debería haberme molestado más. En cambio, sentí esa rara curiosidad, poco sensata, que aparecía cuando alguien no estaba de acuerdo conmigo por razones bien pensadas y no simplemente por el placer de llevarme la contraria.

Albert se quitó la cámara del hombro.

—Cinco minutos —dijo—. No muevas nada.

—Es mi montaje.

—Y es mi fotografía.

—De mi proyecto.

—De un edificio que ninguno de los dos diseñó.

Durante un momento nos limitamos a mirarnos.

Tenía unos ojos tranquilos. No fríos. Eso era peor. Una persona enfadada te dejaba algo a lo que aferrarte. Albert parecía capaz de permanecer al otro lado de un conflicto sin sentir la menor necesidad de levantar la voz.

—Cinco minutos —repitió.

—Tres.

—Cuatro.

—No negocio mi propio horario con un fotógrafo que aparece una hora antes.

—Entonces tres.

Cedió con tanta facilidad que durante un segundo no supe si había ganado.

Me aparté hacia la pared.

Albert comenzó a trabajar.

No hacía decenas de fotos. Primero observaba. Se desplazaba medio paso, comprobaba la altura, estudiaba el reflejo de la luz sobre la barandilla. Una vez se agachó; otra retrocedió tanto que casi entró en una habitación vacía. No tocó ninguno de los elementos que yo había colocado.

A los dos minutos se acercó al sillón.

—¿Puedo?

Aquella única palabra me detuvo más que toda su seguridad anterior.

—¿Qué?

—Moverlo.

Señaló exactamente el lugar por el que habíamos discutido hacía un momento.

—¿Acabas de pedirme permiso?

—A veces lo hago.

—¿Pocas veces?

Sonrió.

Esta vez de verdad.

—Depende de la persona.

Me acerqué al sillón.

—Enséñame dónde.

No lo hizo por mí. Se colocó a mi lado y señaló con la mano una línea sobre el suelo.

—Aquí. Gíralo unos quince grados.

Moví yo misma el mueble.

—¿Así?

Albert miró por el visor de la cámara y luego volvió a mirarme.

—Un poco más hacia la izquierda.

—Dijiste quince.

—He cambiado de opinión.

—Eso no promete nada bueno.

—¿Para la foto?

—Para nuestra colaboración.

Durante varios segundos no respondió.

Al final bajó la cámara.

—No había planeado colaborar.

La frase sonó extraña en el pasillo vacío.

—Yo tampoco —dije.

Teníamos que preparar material para una exposición conjunta sobre lugares de transición, pero en mi cabeza aquello significaba un acuerdo sencillo: yo me ocupaba del espacio, él de la fotografía y después la comisaria se encargaba de unirlo todo. Sin mezclar competencias. Sin negociaciones innecesarias. Sin situaciones en las que mi propio resultado tuviera que depender de un hombre conocido por ser capaz de aceptar un encargo en Berlín, terminarlo en Oporto y estar trabajando una semana después en Tallin.

Albert levantó de nuevo la cámara.

—Ponte allí.

—¿Cómo?

—Junto a la ventana.

—No soy parte de la escenografía.

—Lo sé.

—Entonces, ¿para qué?

—Quiero ver la escala.

—Busca un trípode.

Soltó una risa baja.

—Un trípode no me mira como si estuviera redactando una lista de razones por las que debería desaparecer de tu proyecto.

—No es mi proyecto.

—Peor todavía. Lo haces sin siquiera poder reclamarlo como tuyo.

—Lo hago porque me importa.

Bajó la cámara.

La sonrisa desapareció de su rostro, pero no apartó la mirada.

—Lo sé —dijo.

Nada más.

Y, sin embargo, de pronto tuve la impresión de que había dicho mucho más. Como si hubiera visto no el sillón, ni la pared azul, ni el horario en mi teléfono, sino a mí, de pie en medio de todo aquello, intentando controlar cada variable antes de que alguna pudiera sorprenderme.

La sensación era incómoda.

Y peligrosamente agradable.

Me volví hacia la ventana, como si quisiera comprobar la luz.

—Tienes tus tres minutos —dije.

—Ya han pasado.

Miré el reloj.

Tenía razón.

—Entonces se acabó.

Albert guardó la cámara en la bolsa sin protestar.

—Bien.

—¿Bien?

—Dijiste que se acabó.

Otra vez hizo algo que no esperaba de él. No intentó negociar otro minuto, no recurrió a su encanto, no fingió no haberme oído. Simplemente aceptó el límite.

Debería haberlo recordado.

En lugar de eso, me quedé mirando cómo cerraba la bolsa.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

Abrí la carpeta con el plan del día.

—Ahora lo hacemos a mi manera.

Levantó la vista.

—¿Y después?

—Después podemos probar la tuya.

—Eso casi suena a compromiso.

—No te acostumbres.

Eché a andar por el pasillo. Después de unos pasos oí los suyos detrás de mí, tranquilos, sin prisa. Cuando me detuve junto a la puerta del antiguo bar, Albert se colocó a mi lado.

No demasiado cerca.

Lo suficiente.

—¿Petra?

—¿Sí?

—Si vamos a discutir durante las próximas semanas, avísame de una cosa.

Lo miré.

—¿De qué?

Durante un momento me observó sin sonreír.

—De cuándo quieras que de verdad me quede en la conversación.

Y fue justo entonces cuando, en vez de responder, pensé por primera vez que quizá lo más difícil de Albert Pawlik no sería que algún día quisiera marcharse.

Sino si yo sería capaz de dejar de prepararle una salida cómoda.

Capítulo 1 - Los límites del encuadre

El antiguo bar del hotel olía a madera recién lijada, polvo y café que alguien había dejado en el alféizar de una ventana. Los ventanales altos daban a un patio interior, donde los obreros descargaban materiales bajo la protección de un toldo de lona. En el interior se conservaban las molduras originales de latón junto a la barra, dos filas de lámparas esféricas y una pared revestida de chapa de madera clara. Precisamente esa pared era la que pensaba utilizar como fondo de una de las fotografías más importantes de la exposición. Albert se detuvo en la puerta, recorrió el espacio con la mirada y, en lugar de comentar el interior, me miró a mí.

—No has respondido a mi pregunta.

Dejé la carpeta sobre la barra.

—¿A cuál?

—A cuándo debo quedarme en la conversación.

—Cuando tenga que ver con el trabajo.

—Es una respuesta segura.

—Profesional.

—No siempre significa lo mismo.

Saqué el plano de la exposición antes de que pudiera decir algo menos sensato. Llevaba seis semanas trabajando en aquel proyecto. La exposición, titulada provisionalmente «Entre dos lugares», debía mostrar espacios en los que las personas se detenían solo por un momento: pasillos de hoteles, salas de espera, escaleras y vestíbulos de estaciones. No me interesaba la nostalgia por los edificios

abandonados. Quería mostrar que un espacio de tránsito también podía proporcionar una sensación de pertenencia. El Hotel Zora debía ser el corazón de toda la historia, porque estaba experimentando una transformación sin perder su propio carácter.

Albert se inclinó sobre los dibujos.

—Todo está muy detallado.

—Gracias.

—Todavía no era un cumplido.

Levanté la mirada.

—Me he dado cuenta.

Deslizó un dedo por encima de uno de los encuadres señalados, sin tocar el papel.

—¿Por qué el pasillo está vacío en todas las fotografías?

—Porque mostramos la arquitectura.

—Y la exposición habla de las personas que pasan por ella.

—De la relación entre las personas y el espacio. No necesitamos figurantes fingiendo emociones.

—De acuerdo. Pero la ausencia de personas también es una decisión. Y aquí la estás tomando por el espectador.

Observé la fotografía de referencia. Un pasillo vacío, una pared azul, la luz detenida sobre el suelo. Estaba satisfecha con aquella composición. Conocía cada uno de sus elementos y sabía por qué estaba allí.

—¿Y tú querrías introducir a una persona cualquiera y llamarlo autenticidad?

—Querría dejar espacio para algo que no hayamos planeado.

—En el presupuesto de la exposición no existe una partida llamada «algo que no hayamos planeado».

Albert soltó una breve carcajada, pero enseguida recuperó la seriedad.

—Petra, no he venido hasta aquí para fotografiar tus visualizaciones.

Noté cómo mis dedos se cerraban sobre el borde de la carpeta.

—Y yo no te he invitado a modificar un proyecto del que soy responsable.

—Precisamente por eso tenemos que establecer las condiciones.

Antes de que pudiera responder, entró en el bar Klára Novotná, la comisaria de la exposición y representante de la fundación que financiaba la iniciativa. Tenía el pelo gris y corto, unas gafas de montura roja y la energía de una mujer que hacía mucho tiempo había dejado de creer en las casualidades afortunadas. Llevaba tres vasos de café de cartón.

—Veo que ya os habéis conocido.

—Ya hemos tenido tiempo de descubrir que tenemos conceptos diferentes —dije.

—Excelente. Temía que fuerais demasiado educados.

Klára nos entregó el café y después extendió sobre la barra una copia impresa del contrato. Señaló un fragmento resaltado en amarillo.

—Ayer por la noche, el consejo de la fundación aprobó un cambio en la forma de presentar el proyecto. Queremos una única narrativa conjunta, no dos partes independientes. Petra se encarga del espacio y del concepto de la

exposición. Albert, de las fotografías. La selección definitiva del material debe ser conjunta.

Leí la cláusula dos veces.

—Eso no estaba en mi versión del contrato.

—Enviamos un anexo esta mañana.

—A las seis y cuarto —observé, consultando el teléfono—. Difícilmente puede considerarse algo acordado.

Klára no intentó defenderse.

—Tienes razón. Debería haberte llamado ayer. El consejo tomó la decisión tarde, pero eso no justifica la manera en que os hemos comunicado la información. Puedes negarte a firmar el anexo. Sin embargo, tengo que decirte con sinceridad que, sin un concepto conjunto, la fundación reducirá la financiación de la exposición.

No era una amenaza. Precisamente por eso sonó peor.

Durante unos instantes contemplé el documento. Mi estudio era pequeño. Tenía dos empleados y el proyecto de Brno debía abrirnos las puertas a encargos más importantes fuera de Polonia. No necesitaba protección ni un trato especial. Necesitaba la oportunidad de demostrar lo que éramos capaces de hacer.

—¿Cuánto tiempo tenemos para decidirlo? —pregunté.

—Hasta mañana al mediodía.

Albert dejó su café.

—Yo también tengo una condición.

Giré la cabeza.

—Por supuesto.

—Quiero tener derecho a mostrar los espacios también antes de que termine el acondicionamiento. Las huellas de

uso, las imperfecciones, partes de la reforma. No todo tiene que parecer un producto terminado.

—El hotel se está preparando para abrir. Los propietarios no aceptarán una exposición que sugiera que el edificio está descuidado.

—Entonces mostraremos que está en proceso de transformación.

—No puedes decidir por tu cuenta transmitir ese mensaje.

—No pretendo hacerlo. Por eso estoy hablando contigo.

Klára nos observaba con un interés que yo no compartía.

—Tenéis hasta mañana. Hoy me gustaría ver algunas fotografías de prueba. Sin compromisos definitivos.

Nos dejó solos.

Durante unos momentos, únicamente se escuchó el zumbido de la ventilación.

—¿Sabías lo del anexo? —pregunté.

—Lo recibí esta mañana.

—¿Y no consideraste oportuno mencionarlo?

—Quería ver primero tu concepto.

—Eso no era una respuesta.

Albert sostuvo mi mirada sin sonreír.

—Sabía que el cambio no te gustaría. No sabía que no lo habían hablado contigo. Debería habértelo preguntado.

Su reconocimiento del error me dejó sin la réplica que tenía preparada.

—Sí —dije—. Deberías haberlo hecho.

—Tienes derecho a estar enfadada.

—No necesito permiso.

—Lo sé.

Aparté el documento. No pensaba tomar una decisión movida por la irritación. Tenía treinta y cinco años, mi propia empresa y suficiente experiencia para distinguir la ambición del orgullo. Al menos, casi siempre.

—Enséñame lo que tienes en mente —dije.

Albert levantó la cámara.

—¿Aquí?

—Aquí.

Me condujo hasta una entrada lateral del bar, donde, detrás de unas puertas de cristal, había un estrecho pasillo de servicio. En la pared permanecían unos rectángulos más oscuros en los lugares donde habían retirado las placas de señalización. Bajo el techo discurrían cables nuevos y, junto a ellos, colgaba una lámpara antigua que todavía no estaba conectada.

—Este es el lugar que no querías fotografiar —dijo.

—Porque no está terminado.

—Exactamente.

Tomó una fotografía y después me mostró la pantalla de la cámara.

No había nada espectacular en ella. La luz caía sobre un fragmento vacío de la pared y la sombra de un cable formaba una línea fina que conducía hacia la puerta. La imagen tenía algo de frase inacabada.

—Habla de la espera —dije antes de poder contenerme.

Albert me miró.

—Exactamente.

—Pero sin contexto parece documentación de una reforma.

—Entonces démosle contexto.

Volví a examinar la fotografía. Sabía cómo podía utilizarse. No como imagen central, sino como parte de una secuencia que mostrara el recorrido desde un espacio inacabado hasta uno habitado. Incluso tenía una idea para combinarla con un detalle del bar restaurado.

—Una sola fotografía no basta —dije—. Necesitamos parejas. El mismo lugar antes y después de la transformación.

—No todos los lugares deberían tener ese desenlace.

—¿Por qué?

—Porque a veces lo más importante es lo que sucede entre ambos momentos.

Lo dijo con tranquilidad. Aun así, tuve la impresión de que no hablaba únicamente de arquitectura.

Regresamos al bar. Extendí el plano sobre la barra y marqué tres lugares en los que su manera de mirar podía complementar la mía. Albert no intentó quitarme el lápiz. Hacía preguntas, a veces incómodas, pero concretas. Cuando propuse utilizar el reflejo de una ventana, comprendió enseguida que no buscaba un efecto visual, sino mostrar dos estados del espacio al mismo tiempo.

Trabajamos así durante casi una hora.

Lo que más me sorprendía no era que fuéramos diferentes, sino que pudiéramos desarrollar una idea del otro sin intentar apropiárnosla inmediatamente. Albert era paciente con las imágenes e impaciente con los procedimientos. Yo era justo lo contrario. Cuando señalaba

un detalle que no había advertido antes, sentía gratitud e irritación al mismo tiempo. Cuando yo le explicaba las restricciones de conservación del edificio, escuchaba con una atención que me hacía querer seguir hablando.

En cierto momento, nuestros hombros quedaron muy cerca mientras nos inclinábamos sobre el plano extendido. Percibí el olor de su chaqueta, del aire frío y de algo amaderado, apenas perceptible. No se apartó bruscamente ni aprovechó aquella cercanía. Simplemente señaló otro lugar del dibujo.

—Aquí necesito una hora sin el equipo de reforma.

—Puedo organizarlo.

—Y aquí quiero fotografiar al amanecer.

—Nos abren el hotel a las siete.

—Amanecerá antes.

—Entonces tendremos que conseguir la autorización de seguridad.

Me miró divertido.

—De verdad eres capaz de convertir un amanecer en un procedimiento.

—Gracias a los procedimientos, nadie acaba encerrado toda la noche en el hotel de otra persona.

—Eso suena a una historia.

—Suena a experiencia profesional.

Sonrió, pero no insistió.

Por la tarde examinamos las fotografías de prueba en un monitor grande, dentro de una oficina provisional. Klára regresó acompañada de un representante del hotel, el señor Dvořák, que permaneció callado durante casi toda la

presentación. Cuando Albert mostró la fotografía del pasillo de servicio, el hombre frunció el ceño.

—No queremos mostrar obras inacabadas.

Me preparé para explicarlo, pero Albert habló primero.

—Lo entiendo. Es una propuesta para debatir, no una selección definitiva.

Me miró.

Me cedió la palabra.

—Queremos combinar esta imagen con una fotografía del mismo lugar una vez terminados los trabajos —expliqué—. No como prueba de sus imperfecciones, sino como testimonio de su transformación. También podemos excluir los elementos técnicos que el propietario no quiera hacer públicos.

Dvořák reflexionó un momento.

—Si puedo ver las dos fotografías juntas antes de aprobarlas, podemos intentarlo.

Klára asintió.

—Es nuestra primera dirección conjunta.

No dije que acabábamos de encontrarla. Todavía no confiaba lo suficiente en aquella colaboración como para llamarla un éxito.

Cuando nos quedamos solos frente al monitor, Albert apartó su silla.

—Lo has manejado bien.

—Tú también.

—Lo dices como si te doliera.

—Un poco.

Se echó a reír. Esta vez no intenté ocultar mi sonrisa.

Más tarde, cuando el equipo estaba terminando su jornada, regresé a la segunda planta para recoger la carpeta que había olvidado. Albert estaba junto a la ventana del fondo del pasillo, revisando fotografías. Me detuve a unos pasos de él.

—¿Tienes tiempo mañana a las ocho? —pregunté.

—Depende de para qué.

—Quiero enseñarte un lugar que no aparece en el plan de la exposición.

Levantó la cabeza.

—Vaya, vaya.

—No saques conclusiones precipitadas.

—Jamás me atrevería.

Guardó la cámara y se acercó. Bajo la luz de última hora de la tarde distinguí unas pequeñas arrugas junto a sus ojos y una señal de cansancio que no había advertido antes.

—Petra, hay otra cosa.

Esperé.

—No quiero firmar un anexo que nos atribuya una responsabilidad compartida si en la práctica vamos a luchar por cada imagen.

—Yo tampoco.

—Entonces establezcamos una regla. Cuando uno de los dos no esté de acuerdo con una decisión, el otro no intentará imponerla a través de Klára.

—De acuerdo. Y nada de hacer cambios a espaldas del otro.